

Carlos M. Reymundo Roberts

# AGUANTEN LOS K

UNA MIRADA MORDAZ SOBRE LA INCREÍBLE  
ARGENTINA DE ESTOS TIEMPOS

## Prólogo de Carlos Pagni

"Las columnas de Carlos R. Roberts son lo más divertido y agudo que ha surgido últimamente en el periodismo latinoamericano." **Andrés Oppenheimer**

"Hay gente que se lo toma en serio, como un importante funcionario del Gobierno..."

**Mirtha Legrand**

"Roberts puede reírse y hacernos reír porque es uno de los tipos más serios del periodismo argentino." **José Claudio Escribano**

"Las agudas ironías de Roberts le duelen más al poder que los análisis clásicos de los editorialistas." **Luis Majul**

"Periodista hecho y derecho, Roberts ha encontrado una forma distinta de contarnos las cosas más dramáticas o las más solemnes con una sonrisa pícaro." **Joaquín Morales Solá**

SUDAMERICANA





CARLOS MARÍA REYMUNDO ROBERTS (1956, Buenos Aires), egresado de la Escuela de Periodismo del Círculo de la Prensa, cursó estudios de posgrado en la Universidad de Navarra (Pamplona, España) y trabaja en el diario *La Nación* desde hace más de treinta años. Actualmente es prosecretario general de Redacción. Fue corresponsal en América latina y cubrió las guerras del Golfo Pérsico (1991) y de Ecuador y Perú (1995). Creó y dirigió el suplemento dominical *Enfoques*. Es director del Máster en Periodismo de La Nación y la Universidad Di Tella. En la Universidad Austral integró el Consejo de Dirección de la Facultad de Comunicación y fue profesor titular de la cátedra Géneros y estilos informativos. Está casado y tiene cinco hijos.

“Acabo de pasar las peores horas de mis últimos 55 años. Transido de tristeza y frustración, sólo he recuperado algo las fuerzas para sentarme a escribir ésta, quizá la última columna de la serie. Si te desmiente Carlos Menem, vaya y pase. Su credibilidad está por el piso (quizá la recupere gracias a su alianza con Cristina). Pero si lo hace Aníbal, una de las cabezas más iluminadas del país, probablemente ya nada tenga sentido.

Lo que más me dolió no fue que me llamara mentiroso, fabulador y sinvergüenza, sino que quienes salieron en mi defensa, que no fueron pocos, le dijeron que no debía tomarse la columna en serio. Incluso un colega de *Clarín* le preguntó por Twitter si su próximo paso era desmentir a Harry Potter. Ahí sufrí el segundo golpe letal: comprobé que lo que yo había imaginado como aporte a una mejor interpretación de la realidad argentina no estaba siendo entendido por nadie. Los poderosos no me creen y la gente común me toma para la chacota. El peor de los mundos. Era el fin.”

Fragmento de  
“Reconciliación con Aníbal  
después de la desmentida”  
(23.07.2011)

## ÍNDICE

Prólogo.....	9
Presentación.....	17
Dijeron sobre <i>De no creer...</i> .....	27
Un libro 2.0.....	33
La señora del micrófono.....	39
Sueños perturbadores en la era Kirchner .....	46
Una estatua para Cabandié.....	52
Una estatua para el pipopö.....	58
Kirchner y Menem, un solo corazón.....	63
Una picante noche en la alcoba de Olivos .....	69
Lilita Carrió, o la maga de la televisión .....	75
El sueño de mi vida: ser un bloguero K .....	81
Tenebrosas sospechas sobre la reencarnación.....	87
El día en que los Kirchner ayudaron a Piñerá .....	92
Boudou, el converso, la pasa mal .....	98
Qué maravilla de país.....	102
Una cumbre imperdible: Néstor y Diego .....	107
La incorregible malicia anti-K.....	112
¡Cuidado con el golpe!.....	116

Viaje al kirchnerismo más profundo.....	121
Salvemos a Héctor Timerman .....	126
Moyano, un camión de caudales .....	132
Por favor, un GPS para Felipe Solá.....	138
Anatomía de la gran cachetada.....	143
La traición de Cristina a Néstor .....	148
El cable ultrasecreto sobre Cristina .....	153
Un voto cantado para la señora Presidenta.....	158
Quiero ser kirchnerista... y no me sale .....	163
Mi regalo de hoy para Cristina .....	168
Brindemos, el país está mucho mejor .....	173
Los K me bocharon.....	179
Mi durísimo exilio político .....	185
Ni Cristina ni Macri: ¡Scioli!.....	190
Obama, cruel con Cristina .....	195
Cristina-Dilma, inolvidable.....	200
Cristina, gracias por las milanesas.....	205
Señora, ¡sálvese de Timerman!.....	211
Un país para morirse de risa .....	217
Cristina, eterna y llena de rulos .....	222
¿Yo como vice de la señora? .....	227
Kirchnerista y liberal: ¡se puede! .....	232
El regalo de ser argentinos.....	237
Cris, ganamos otra batalla .....	242
¡Garré me sacó la custodia! .....	248
Entérense: empezó la revolución .....	253

El kirchnerismo busca... un candidato opositor .....	258
El extraordinario piquete del compañero Moyano .....	264
Carta abierta a la señora Presidenta.....	269
Ahora sí: jaguante la revolución kirchnerista! .....	274
La insólita historia de la foto de Néstor y Cristina.....	279
La conmovedora semblanza de Néstor .....	284
Cristina y Berlusconi, puro <i>feeling</i> , pura onda.....	290
¡Auxilio, Mariotto, me hackearon la columna! .....	296
El delicioso diálogo a solas de Hebe y Oyarbide.....	301
El día en que Cristina me hizo llorar.....	307
Urgente: hay que kirchnerizar a River .....	313
El debate (secreto) entre Macri, Filmus y los otros.....	318
La gran victoria del compañero Filmus.....	322
Cumbre en Olivos para rescatar a Filmus.....	326
Reconciliación con Aníbal después de la desmentida .....	332
Cuando el kirchnerismo me pone de la cabeza .....	339
El camino que nos marcó Chávez.....	343
Un libro de culto: la biografía de Cristina .....	347
Creo en Dios, creo en Scioli y creo en Cristina.....	353
Esa gran victoria que todavía me hace llorar .....	357
Presidenta y millonaria, como debe ser.....	363
Gracias.....	371

## PRÓLOGO

Por CARLOS PAGNI

Consignar el suceso que alcanzó *De no creer*, la columna semanal de Carlos M. Reymundo Roberts en *La Nación*, es una obviedad. Cualquiera persona que escuche evaluaciones sobre el diario sabe que esos textos son uno de los contenidos favoritos de los lectores. Lo mismo se comprueba con el impresionante caudal de comentarios que reciben en la versión digital. Los editores, que coinciden con ese juicio, convirtieron a las notas de Roberts en la estrella de los sábados en la renovada página 2.

Más interesante es indagar en las razones a las que obedece ese éxito, que son las mismas que llevarán a quien tiene este libro entre manos a disfrutar de su lectura. No son motivos misteriosos. Son los que están detrás de todo logro periodístico: una sensibilidad especial para capturar el clima de una época y una modulación literaria eficaz para comunicar esa percepción. Esas virtudes son las que llevan a los lectores a identificarse con un autor o un medio, a sentirse expresados por él. Gracias a ellas la prensa ejerce esa forma de representación de la que obtiene su fuerza y que muy a menudo inquieta a los que mandan.

Esas condiciones están claras desde que se publicó la primera entrega de *De no creer*, pero son más evidentes

ahora, gracias a que Sudamericana decidió ofrecerlas como una colección. La supresión de la frecuencia semanal hace más visible la reiteración de algunos recursos, la adopción de un punto de vista, el retorno de ciertos argumentos; en definitiva, permite advertir mejor el modo en que Roberts ha ido conquistando una nueva escritura.

En ese avance, los textos van, gañando en audacia, y no sólo porque se vuelven más divertidos y coloquiales. “La señora del micrófono” es la nota fundadora. Describe un acto público de Cristina Kirchner formulando una hipótesis imposible de verificar: registra las impresiones que circulan por la cabeza de los asistentes, desde Daniel Scioli y José Pampuro hasta la muchedumbre que se extiende bajo el palco. El paso siguiente, “Sueños perturbadores en la era Kirchner”, va de lo conjetural a lo onírico. Roberts da cuenta de cómo se es oficialista y cómo se es opositor a partir de dos sueños que, finge, le ocurrieron a él. Esta transición se completa cuando las columnas ingresan sin inhibiciones en la ficción, es decir, cuando terminan de encontrarse con lo que estaba prefigurado en el bautismo de este experimento: *De no creer*.

El primer relato de este nuevo tipo lleva un título irresistible: “Una picante noche en la alcoba de Olivos”. En él, Cristina y Néstor Kirchner intercambian reproches sobre una crisis que el Gobierno arrastra desde el conflicto con el campo. Es un texto llamativo por lo teatral, tan realista que convenció a muchos lectores de que trataba sobre hechos verdaderos. Lo curioso es que lo eran. En rigor, comenzaron a serlo cuando Sandra Russo publicó *La Presidenta*, donde Cristina Kirchner revela una discusión con su esposo que parece una copia de la que había salido de la cabeza de Roberts más de un año antes.

La relación entre verdad y narración ha planteado problemas interesantísimos, tanto a la teoría literaria como a la



historia. Gracias a esas reflexiones sabemos que la ficción puede convertirse en un instrumento inigualable de indagación de la realidad. La ficción desnuda, revela, se sirve del ardid de la verosimilitud para alcanzar una dimensión de la verdad que se le escapa a la precisión positivista. Roberts hace rendir este recurso con enorme eficacia. Otras veces, como en “Anatomía de la gran cachetada”, enhebra datos verificables y objetivos en un entramado literario, en la escuela ya clásica del “nuevo periodismo” que inauguraron en los sesenta Tom Wolfe, Gay Talese o Norman Mailer, y que cultivaron en la Argentina de Rodolfo Walsh a Tomás Eloy Martínez.

¿A qué se debe la fuerza persuasiva de *De no creer*? A que lo que las notas ficcionalizan se parece demasiado a aquello que en la cabeza de los lectores constituye la realidad. Más todavía: ha llegado el caso de que lo que Roberts inventa es la realidad. No sólo *La Presidenta* terminó confirmando que aquella noche picante había existido. Quien haya leído, en marzo de 2011, “¿Yo como vice de la Señora?” habrá tenido un anticipo de los criterios que se seguirían cuatro meses más tarde para incorporar a Amado Boudou a la fórmula oficialista.

El juego se pone delirante cuando no son los lectores sino los propios actores quienes no consiguen distinguir los hechos de las fabulaciones. Es lo que ocurrió con Aníbal Fernández, a quien nadie podría suponer incauto, cuando desmintió que la reunión que se reconstruía con lujo de detalles en “Cumbre en Olivos para rescatar a Filmus”, y de la que Roberts revela haber participado, hubiera ocurrido. El funcionario prestó un servicio inesperado al conocimiento del kirchnerismo. Dejó entrever que las desopilantes escenas y diálogos que conjetura Roberts en su nota se parecen tanto a las desopilantes escenas y diálogos en los que él participa, que se volvió necesaria una refuta-

ción. Con su gaffe, Fernández inspiró “Reconciliación con Aníbal después de la desmentida”, una semblanza del jefe de Gabinete que está entre los textos más aplaudidos por los lectores de *La Nación* en toda la saga.

Otras invenciones también sorprenden por lo convincentes. Por ejemplo, el diálogo que el autor simula haber tenido con Daniel Scioli en “Ni Cristina ni Macri: ¡Scioli!” no se distingue de esos otros que el gobernador mantiene a diario con periodistas que, hay que presumir, lo entrevistan en serio. Del mismo modo que “La insólita historia de la foto de Néstor y Cristina” expone, a través de la crónica de un hecho inexistente, una versión muy ajustada de la evaluación que la Presidenta hace de sus antecesores y de ella misma.

El efecto de verdad de esas ficciones se sostiene en el bagaje informativo de alguien que integra la conducción de un gran diario, y en una destacada calidad literaria. Estas condiciones permiten a Roberts componer una gran galería de retratos: por las páginas de este libro desfilan Elisa Carrió, Felipe Solá, Hugo Moyano, Hebe de Bonafini y Norberto Oyarbide, entre otros habitantes del olimpo criollo. Sin embargo, *De no creer es*, sobre todo, una indagación sobre la naturaleza del kirchnerismo.

Para que esa reconstrucción gane en expresividad, Roberts se adentró todavía más en su ensayo periodístico. No sólo consiguió una mejor comprensión de la escena cotidiana postulando episodios inexistentes, sino que cedió el relato a la voz de un personaje de ficción. A partir de “Un voto cantado para la señora Presidenta” y “Quiero ser kirchnerista... y no me sale”, el autor creó una persona distinta de sí mismo. Se trata de un periodista de origen liberal que, con alguna dificultad, descubre las bondades del kirchnerismo y se enamora de ellas. Como suele suceder con los conversos, este narrador imaginario es entusiasta

por lo ingenuo. Adhiere a todo. En especial a aquello que en el club al que ha ingresado pretenden ocultar.

Ese recorrido virginal por el paisaje oficial permite a Roberts cumplir con la función principal del periodismo: detectar los mecanismos falseados del poder, los desajustes entre los discursos y las prácticas. El ejercicio crítico adopta en estas notas el ropaje de la candidez y consigue así el efecto de toda ironía: mostrar la verdad a través de la simulación de que no se sabe lo que se sabe de sobra. Se constituye de ese modo la visión de un antihéroe, capaz de ser mordaz sin ser arrogante. La estrategia permite a Roberts cumplir con el que sería un imperativo invariable aunque nunca explícito de sus escritos. Una inclinación natural a caricaturizar sin lastimar, a reprobar sin humillar.

A través de esa lente ingenua aparecen las aristas más controvertidas de la política oficial: las extravagancias del kirchnerismo (“Carta abierta a la señora Presidenta”), sus incoherencias (“Kirchnerista y liberal, ¡se puede!”), la capacidad del peronismo para mantenerse en el poder a través de sucesivos cambios de piel (“Kirchner y Menem, un solo corazón”), la obsesión enfermiza de los Kirchner con los medios de comunicación (“¡Auxilio, Mariotto, me hackearon la columna!”), la hipocresía de las relaciones exteriores (“Cristina y Berlusconi, puro *feeling*, pura onda”), entre otras delicias.

Ese narrador ideado por Roberts es otra clave para que estos textos sean tan divertidos. Sobre todo porque la credulidad del personaje es trabajosa. Su admiración por la Presidenta y su gobierno se sostiene más en la voluntad que en la inteligencia, y eso le confiere un matiz opresivo. Es la razón por la que a veces la chispa del ingenio salta en una segunda voz, que manifiesta entre paréntesis lo que la otra finge no advertir. La seducción de esa figura que se esfuerza por creer se debe a que representa, sin decirlo,

un fenómeno extendido. Recuerda a esos empresarios que aplauden en el Salón Blanco medidas que no comparten pero aceptan, o a esos intelectuales y periodistas que buscan algún costado amable del poder que les permita, siquiera por un rato, no quedar excluidos de la escena.

*De no creer* es una urdimbre de parodias, exageraciones, sarcasmos. Pero no agota su riqueza en esos recursos. El poder expresivo de las notas que componen este libro proviene de su estructura interna, pero también del contexto al que se refieren. Es imposible imaginar las columnas de Roberts en un marco que no sea el de una crisis política de gran magnitud, como la que tiene atrapada a la Argentina desde el año 2001.

Estos textos deben su atracción a razones que están más allá de su comicidad: Su gracia es convincente porque tiene algo de patético, porque refleja como un espejo la mueca de la crisis. Nada que deba sorprender. Desde la comedia griega, el humor está ligado a la política, en especial cuando ésta se muestra decadente. La crítica social se ha escondido con frecuencia detrás de las bromas y los chistes. Roberts tiene precursores lejanos también entre nosotros: desde el padre Castañeda, que en 1820 fue exiliado a lo que hoy es Maipú por las corrosivas humoradas que lanzaba desde su *Despertador Teofilantrópico Místico Político*, hasta Tato Bores o la revista *Humor*, pasando por Eduardo Wilde, redactor principal del periódico *El Mosquito*, que cubrió tres décadas desde 1863.

La defectuosa cultura cívica que se le imputa al gobierno nacional es la manifestación más elocuente de las ruinas del sistema republicano sobre las que ese gobierno ha sido edificado. Cuando la Presidenta menciona la expansión de la Villa 31 como un indicador más del progreso que trajo su modelo; cuando una abanderada de los derechos humanos le pide a un periodista que se calle por la

simple razón de que es judío; cuando el ministro de Economía intenta defender al juez Zaffaroni con el argumento de que le están haciendo la misma campaña sucia que a Schoklender; cuando el Indec fabula estadísticas que no resisten una sola visita al supermercado; cuando la Presidenta vuelve a ufanarse, esta vez de construir cárceles tan confortables que harán que muchos pobres quieran ir a vivir en ellas; o cuando una universidad condecora a Hugo Chávez por sus aportes a la libertad de expresión, el kirchnerismo está pidiendo a gritos una pluma como la de Roberts. Pero sería un error reducir la atmósfera de estos textos a las rarezas del actor preponderante. Si se lee el inventario de anomalías que se publica bajo el título de “Un país para morirse de risa”, se accederá a lo que hay en *De no creer* de búsqueda y hallazgo de nosotros mismos. Se advertirá que es todo el elenco el que parece haber caído en el absurdo.

# AGUANTEN LOS K

**indiohuarpe** ¡Qué guionista se perdió Tato! Excelente.

**camuniz** Carlos R. Roberts, ¿por esto te pagan? Eso sí que es robar la plata...

**mariadelplata22** ¿Es en serio o una broma? Como chiste, la verdad es que no entendí.

\* \* \*

SI ALGO HAN LOGRADO EN EL ÚLTIMO AÑO las columnas de Carlos M. Reymundo Roberts en el diario *La Nación* (además de arrancar una sonrisa, claro) es no dejar indiferente al lector. Aquí arriba, tres modelos de comentarios tomados de los que semana a semana y por miles cosechan las andanzas de ese kirchnerista converso y por tanto sospechoso en el que se ha convertido el periodista para, desde allí, con sarcasmo y precisión, contar la escena política argentina. O como dice Carlos Pagni en el prólogo de *Aguanten los K*: "La ficción puede convertirse en un instrumento inigualable de indagación de la realidad".

El personaje creado por el periodista se sueña K y no logra serlo, o no logra ser aceptado como tal, y esa tensión es la que confunde, enoja y encanta. Así es que los foros de *lanacion.com* (reflejados también en estas páginas) estallan con vítores, insultos y signos de interrogación. Puede ser que algunos lectores no entiendan las columnas o no capten la sutil ironía del personaje, pero otros, sin duda los más, se deben estar preguntando si no es la de Reymundo Roberts la mejor columna de análisis político de la Argentina de hoy. Si no es este, en fin, el único modo de contar el presente.



Impreso en la Argentina  
[www.megustaleer.com.ar](http://www.megustaleer.com.ar)

